

CONFERENCIA SEXTA.

EL PROGRESO CRISTIANO POR EL AMOR DE JESUCRISTO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

La tercera reaccion progresiva del cristianismo contra la concupiscencia es la reaccion de la pobreza contra la codicia. La práctica de la pobreza cristiana ó de la abdicacion voluntaria de lo creado por amor al Criador ha devuelto al hombre su verdadera grandeza, y le ha restituido principalmente estos tres caracteres que completan la majestad de la fisonomía humana : la magnanimidad, la libertad, la intrepidez. Ella fué un progreso, porque fué un engrandecimiento del hombre.

La pobreza cristiana ha hecho todavía mas : ella ha asegurado á la sociedad el principio de su estabilidad, condicion de todo progreso verdadero. La estabilidad social descansa sobre el derecho de la propiedad como sobre su base necesaria; y la pobreza cristiana manifiesta ser el mas firme baluarte de la propiedad. Considerada en sí misma, es el desprendimiento de la posesion : ella disminuye ó extingue en los corazones el deseo de poseer, y así suprime ó disminuye la causa que hace obstáculo al derecho de propiedad, es decir el deseo inmoderado de la posesion. Considerada en la historia, se presenta invariablemente enlazada con los destinos de la propiedad. La guerra hecha á los pobres de Jesucristo acaba por ser en todas partes la guerra hecha á los propietarios; y los libres poseedores y los despojados voluntarios de los bienes de este mundo, por una afinidad que parece contradictoria, encuentran los mismos enemigos.

Lo que hemos dicho sobre esta materia, se aplica á todos aquellos

que practicando el espíritu de la pobreza evangélica, disminuyen en sí mismos el deseo de la posesion. Inútil es añadir que yo no he querido contristar ni adular á nadie. Los que quieran leer las conferencias del año último podrian convencerse de que no he lisonjeado á los poseedores de la riqueza. Yo no he disimulado en nada los abusos monstruosos de la posesion en los hombres codiciosos : pero sobre los abusos que conviene estigmatizar, háy el derecho que importa defender. Tanto á los que atacan el derecho, como á los que desconocen el deber, digo la verdad sin temer á nadie, guardando para todos el afecto y la caridad.

De los discursos precedentes resulta, que los humildes, los mortificados y los pobres de Jesucristo, es decir los santos, son los verdaderos jefes del progreso moral, porque con estas tres reacciones victoriosas, humildad, austeridad y pobreza, hacen caer á sus piés los tres grandes obstáculos que la concupiscencia opone á nuestro progreso, esto es, el orgullo, la sensualidad y la codicia. Así hemos pasado del corazon del siglo al corazon del cristianismo, y hemos hecho ver en el uno el poder de curar todás las heridas del otro. Este es el doble punto de apoyo de mi apostolado, el corazon del siglo y el corazon del cristianismo; y el objeto único, el objeto apostólico y fraternal es acercar entre sí estos dos corazones, á fin de que absorviéndose el uno en el otro, reine Jesucristo y sea todo en todos : *Omnia in omnibus Christus*. Hombres poco atentos al conjunto de las cosas podian hallar el año último que mi apostolado no era bastante cristiano, y sin embargo lo era : entónces os hacia ver á Satanás y os decia : Rechazadle, él es la decadencia. Ahora os hago ver á Jesucristo y os digo : Abrazadle, él es el progreso.

Despues de todo lo que ha precedido debe, Señores, séros evidente, que el progreso necesario con preferencia á todos los otros es el progreso moral; que el progreso moral es la santidad cristiana; y que la santidad cristiana es una reaccion eficaz contra el orgullo, el sensualismo y la codicia, esos tres productos de la concupiscencia, obstáculo general al verdadero progreso humano.

Pero me parece, Señores, que no estais todavía satisfechos. Vosotros me decís : Sí, nosotros estamos convencidos de ello : ahí está el progreso, y no puede estar en otra parte, en la reaccion de la humildad,

de la austeridad, de la pobreza, contra el orgullo, el sensualismo y la codicia; y estamos prontos á defender esta enseñanza generosa y esta doctrina progresiva. Pero ¿cómo practicar la humildad, la austeridad, la pobreza? La santidad, armada de estas tres cosas, es el remedio para todo. Pero ¿qué es lo que da á los santos y puede darnos á nosotros mismos este triple poder que hace caer las tres cabezas de la hidra? Ello es evidente que los santos han levantado el mundo : ¿y quién les ha dado esta fuerza que los ha levantado tambien á ellos? Señores, mucho tiempo habia que esperaba yo el momento de deciros la palabra que todo lo compendia. Este momento ha llegado; y mi corazon se conmueve al descubrir delante de vosotros su secreto : *el amor de Jesucristo*. Hé aquí la fuerza divina que ha levantado la tierra, y que podemos llamar la gran fuerza motriz del progreso cristiano. Jesucristo haciéndose amar de los hombres, ha sustituido su amor á la concupiscencia; y este amor de Jesucristo en posesion de la humanidad la engrandece de todas maneras.

¡O Maestro! Vos me habeis llamado á pronunciar vuestro nombre en un lugar elevado desde donde se me oye de léjos. Yo emprendo decir á mis contemporáneos el secreto de vuestro amor, el secreto olvidado del progreso. Tened, hoy mas que nunca, piedad de mi ineptitud. Dad á mis palabras acentos profundos, y á estos acentos retumbos victoriosos. Escuchad benigno á aquellos que os ruegan por el indigno apóstol : enviadme por sus oraciones un soplo que lleve á todos los corazones que oyeren el eco de esta voz, esta verdad tan agradable como sublime : *El progreso cristiano es el adelantamiento en vuestro amor*.

I.

El amor de Jesucristo, Señores, es el principio mas radical y mas eficaz del progreso por el cristianismo, porque por su naturaleza es la reaccion mas directa y mas profunda contra el obstáculo general que encuentra el progreso, cual es la concupiscencia.

La concupiscencia, hemos dicho, es en la humanidad la gran fuerza retrógrada, porque por su naturaleza misma no es otra cosa que el

amor del corazón humano vuelto contra su objeto, y arrancado de su centro. La concupiscencia es el foco general de todas las pasiones, es el amor separado de Dios que es el centro supremo del hombre, cuyo amor, al paso que huye de su centro, huye también del orden, de la armonía, del progreso; y declinando él mismo hace declinar la vida entera por las tres corrientes del orgullo, del sensualismo y de la codicia hacia el desorden, la corrupción y la decadencia. Estas nociones explicadas ya con bastante extensión, son para nosotros otros tantos axiomas, por lo que no debo hacer más aquí que recordároselas.

De estos principios elementares tomados en el fondo de la naturaleza humana y del cristianismo resulta, que para destruir el obstáculo general al progreso y montar otra vez, si así puedo decirlo, su resorte en la humanidad, se necesitaba hacer una cosa tan grande como difícil. Debía volverse á su centro el amor del corazón humano. Todo el misterio del progreso está oculto en el fondo de esta fórmula: volver otra vez la vida hacia su fin, poner de nuevo el amor en su centro. Y en efecto, cuanto más se apean los movimientos de la naturaleza humana, cuanto más se sondea el misterio de sus grandezas ó de sus caídas, de sus prosperidades ó de sus desastres, de sus progresos ó de sus decadencias, tanto más se confirma uno en esta convicción saludable, á saber que todas las cuestiones que conciernen á la vida de los pueblos, lo mismo que á la vida de los hombres, se reducen á esta cuestión que encierra todas las demás: *poner el orden en el amor*. El amor es el *motor* de los hombres y de las sociedades: conforme él se mueve, se mueven los pueblos y los individuos; y no hay en la vida humana, ya individual, ya social, una perversión, un desastre, una herida, una ruina que provenga de otra causa que esta: un desorden en el amor. Pretender realizar el progreso en la humanidad sin poner el orden en el amor, es ignorar la idea elemental y la raíz profunda de todo progreso. Poner el progreso moral en la humanidad prescindiendo de este principio que es el secreto de todo orden moral, es tan absurdo é imposible como lo es establecer el orden sideral prescindiendo de la ley que preside á la armonía de los mundos.

Más, para poner otra vez el amor en el orden volviéndolo á su centro, para hacer subir de nuevo por esta restauración el hombre y su corazón á su verdadera altura, ¿qué es lo que debía hacerse? ¿Voso-

tros preguntais, Señores, qué es lo que debía hacerse? Pero la respuesta es bien sencilla: debía hacerse amar á Dios. Para que el hombre vuelva á subir es preciso que tienda hacia Dios: porque su progreso, como hemos dicho, es su gravitación hacia Dios: ahora bien, para que el hombre tienda libremente hacia Dios, para que se esfuerce á subir á él, es necesario que le ame: el hombre no puede tender á lo que él no ama; él no puede gravitar hacia su centro si su centro no le atrae; así pues, conducidos por la fuerza de las cosas llegamos á esta conclusión de una importancia inmensa: para que exista el progreso humano es indispensable que el hombre ame á Dios: si no le ama, huye de su centro, y la ley de su propia vida le condena á descender. La ley de su vida es amar: no amando de ninguna manera en el centro, es preciso que ame fuera del centro: no amando ya encima de él, es preciso que ame debajo de él, y su vida va rodando en desorden para llegar á la degradación. ¡Ah, Señores! aquí olvidais demasiado lo necesario de la vida y la base profunda de las cosas: el amor de Dios se os representa como una cosa vana, indiferente, y propia únicamente de los ascéticos y de los místicos, y os pasais sin él con una tranquilidad que me espanta; y sin embargo no destruiréis jamás esta doctrina invencible: para hacer progreso es preciso ir al centro; para ir al centro es preciso gravitar por el amor; siendo pues Dios solo el centro, se sigue de aquí, que para que haya progreso en el hombre, es necesario que el hombre ame á Dios. ¿Es esto claro, es esto bastante radical y apoyado con bastante firmeza sobre el duro granito de la metafísica popular? ¿Y tienen las filosofías contra esta doctrina razones que se me escapan? No, Señores, no; no las hay, ni puede haberlas: para hacer progresos humanos, lo repetiré aun, es preciso que el hombre ame á Dios.

Esto tiene muchas consecuencias, Señores: de ello resulta desde luego que solo el cristianismo puede realizar el progreso, porque solo el cristianismo hace amar á Dios por el amor de Jesucristo Nuestro Señor.

En efecto, fuera del cristianismo en el que se ama á Jesucristo, Dios no aparece en ninguna parte verdaderamente amado de los hombres. Que haya un amor de Dios abstractivamente posible, aun en el orden puramente natural, no pretendo discutirlo aquí, ni necesito por el presente entrar en esta cuestión: solo digo abrazando las cosas en su

mas vasto conjunto, que fuera del cristianismo Dios no aparece amado, y que por consiguiente no le queda al corazon humano sino un amor que extravía, un amor que desciende.

El paganismo ha ignorado el fenómeno del amor de Dios : él era como tal lo opuesto al amor de Dios, porque era el amor de lo creado y de lo humano á la mas alta potencia. El paganismo era la concupiscencia misma, era el amor de sí mismo hasta la repulsion de Dios. En vez de elevar el amor del hombre hasta Dios, hizo exactamente lo contrario; hizo descender la divinidad en los objetos de su amor : en vez de hacer de Dios el objeto directo de su amor, puso sacrílegamente Dios en todo lo que él amaba. Bossuet ha dicho : « Todo era Dios en el mundo, excepto Dios; » y yo puedo añadir : Todo era amado en el paganismo, todo, ménos el mismo amor. De ahí nacia en el paganismo una imposibilidad radical del progreso moral. Aquel amor que no iba mas á su centro, es decir á Dios, seguia dos corrientes diversas : ó bien intentaba elevarse, y entónces iba á perderse en lo vago de la abstraccion; y substituyéndose él mismo á aquella divinidad de la cual no conservaba mas que un fantasma, se exaltaba en los vértigos de un orgullo sin medida : ó bien aquel amor tendia á descender, y entónces iba á precipitarse á un fango inmundo. Y tanto de la una parte como de la otra, apegándose á la tierra para hacerse de ella un festin de goces ó un pedestal de orgullo, se deslizaba á aquellos excesos de concupiscencia de que la historia nos ha transmitido el oprobio inmortal.

Así, cualquier camino que tomase aquel amor desviado, no experimentaba mas que caidas. Y en unos mismos hombres, aun los mas ilustres, se le vió con frecuencia levantarse ahora á las mas altas cumbres del espiritualismo doctrinal, y descender luego á las últimas profundidades del materialismo práctico, dejándose caer de las alturas de la idea pura á la cloaca de las voluptuosidades; y el mas sublime contemplador del mundo ideal se manifiesta como el maestro en esas voluptuosidades carnales que ni siquiera puedo pronunciar el nombre.

Así que, para volver otra vez el progreso en el mundo era necesario crear en el corazon humano este amor de Dios respectivamente nuevo, y que en el fondo no era otra cosa que el amor primitivo puesto en el

corazon del hombre como el secreto de toda armonía. Para reformar las costumbres era necesaria una trasformacion en los sentimientos del corazon humano; y todos los sentimientos del corazon humano se compendian en uno solo : el amor. El amor es en el corazon humano el sentimiento universal, uno y múltiple; era pues absolutamente indispensable para inaugurar en el mundo un progreso nuevo, cambiar totalmente el amor del corazon humano. Arquimédes decia : *Dic ubi consistam, cælum terramque movebo* : Dime donde está el punto de apoyo, y yo solevantaré el cielo y la tierra. Pues bien, el punto de apoyo estaba allí : sí, allí, en el fondo del corazon humano, en el centro de su amor era preciso apoyar aquella palanca que debia solevantar el mundo moral. Era preciso coger con una fuerza divina el amor del corazon humano, y volverlo á Dios por un prodigio nunca oido ántes del Calvario. Tal es el prodigio que ha obrado el cristianismo. El cristianismo ha dado al corazon de la humanidad este golpe victorioso que ha repuesto el amor en el órden, y ha dado así su impulso soberano al progreso. Este es por excelencia el grande hecho cristiano. El cristianismo es el corazon del hombre unido fuertemente al corazon de Dios mediante el amor de Jesucristo, el Verbo hecho carne. *Jesucristo se hizo amar de los hombres*; y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios : luego Jesucristo haciéndose amar, hacia amar á Dios, y con el poder de su amor volvia el corazon del hombre á su centro verdadero. *Jesucristo se hizo amar de los hombres* : este fué el segundo prodigio de su union con la humanidad. Por el misterio de su encarnacion se realizó la union hipostática entre el Verbo divino y una naturaleza humana privilegiada; y por el triunfo de su amor sobre los corazones se realizó otra union, la union mística entre Dios y la humanidad por el intermedio de este amor. *Jesucristo se hizo amar de los hombres*; y si conviniera, podria mostraros en este solo hecho la mas alta manifestacion de su divinidad; pero por el presente no necesito mas que hacer constar el hecho, el hecho en sí mismo, y por sus consecuencias morales el mas prodigioso que haya tenido lugar en la historia.

Apénas habia subido Jesucristo al cielo, apénas habia comenzado á verificarse el milagro de su union mística con la humanidad, cuando ya se habia hecho evidente que un amor nuevo habia tomado posesion del corazon humano. Esta palabra del Maestro : *Permaneced en mi*

amor, habia caido como una llama sobre el corazon de los discípulos. Cumplíase la voluntad del amor encarnado : « Yo he venido á traer « el fuego sobre la tierra : ¿y qué es lo que quiero sino que este fuego « se encienda? » Encendióse en efecto, y bien pronto se encontraron por todas partes en el milagro de un mismo amor hombres y mujeres de todo rango, de toda edad y de toda condicion, amando como no se habia amado aun sobre la tierra. ¿Quereis oír los acentos de este amor acusando su presencia con palabras que son por sí mismas un milagro? Escuchad : « *Qui non amat Christum Dominum, sit anathema*. El « que no ama á Jesucristo, sea anatematizado. *Charitas Christi urget « nos : quis ergo nos separabit à charitate Christi? ¿Quién me separará « del amor de Cristo? acaso la tribulacion? acaso la angustia? acaso « el hambre? acaso la desnudez? acaso el peligro? acaso la persecu- « cion? acaso el cuchillo? No, ni aun el cuchillo : el amor de aquel « que me ha amado, me hace mas fuerte que todo ; no, yo estoy cierto « de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni « el presente, ni el porvenir, ni la fuerza del mundo, ni la altura del « cielo, ni la profundidad del abismo, ni ninguna otra criatura, cual- « quiera que sea, podrá jamas separarme de este amor que me tiene « ligado á Dios por Jesucristo Nuestro Señor. *Neque creatura alia po- « terit nos separare à charitate Dei quæ est in Christo Jesu.* »*

Algunos años mas tarde, un hombre encadenado por la tiranía era conducido á Roma por soldados que rugian en derredor suyo como leopardos : este hombre iba á morir devorado por las bestias en aquel Coliseo famoso cuyas ruinas gigantescas existen todavía para atestiguarlo. Escuchad lo que dice el mártir de Jesucristo : « ¡Ojalá goce de « las bestias que me aguardan, preparadas para mi suplicio : *utinam « fruar bestiis quæ mihi sunt præparatæ!* ¡Ah! yo les suplico que vayan « aprisa á atormentarme y darme la muerte; y que en vez de tener « miedo de tocarme, como lo han hecho con otros mártires, se sientan « atraídas á devorar mi carne. Si ellas no quisieren venir, yo mismo « les haré violencia, yo mismo las acosaré para que me despedacen : « *quòd si venire noluerint, ego vim faciam, ego me urgebo ut devorer.* « Perdonadme, hijitos míos, si os hablo así ; yo sé lo que me conviene. « Ahora comienzo á ser discípulo de Cristo, no deseando nada absolu- « tamente de todo lo que se ve sobre la tierra, á fin de hallar á Jesu-

« cristo. Vengan sobre mí el fuego, la cruz, las bestias, el quebranta- « miento de mis huesos, el destrozo de mis miembros y el desme- « nuzamiento de todo mi cuerpo; vengan en fin sobre mí todas las « torturas inventadas por Satanas : *tantum ut Christo fruar* : con tal « que goce de Jesucristo! » Así hablaba este amante apasionado de Jesucristo. Y cuando condenado ya á las bestias oía los rugidos de los leones, impaciente de padecer decia : « Soy trigo candeal de Cristo, y « quiero ser molido por los dientes de las bestias á fin de que se me « halle un pan puro é inmaculado : *Fru mentum Christi sum : dentibus « bestiarum molar, ut panis mundus inveniar.* »

Acabais de oír el grito de un apóstol desafiando toda la creacion, y el grito de un mártir desafiando la persecucion : escuchad ahora una vírgen, escuchad una niña delante de la tentacion : « Apártate de mí, « pábulo de la muerte, porque otro amante ántes que tú ha pedido mi « mano. Cristo ha puesto sobre mi frente la señal de su amor, y yo no « puedo ya amar á otro : *posuit signum in faciem meam, ut nullum præ- « ter eum amatorem admittam*. A él solo guardo mi fe, á él doy toda « mi afecion : yo me he desposado con aquel, á cuya majestad sirven « los ángeles, y cuya belleza admiran el sol y la luna. Él me ha dado « su anillo, y me ha adornado con una corona. Apártate de mí, pues « yo amo á Cristo : *amo Christum* : sí, yo le amo; porque su amor me « deja mi castidad, y el desposorio sagrado que me hace esposa suya, « me deja mi virginidad : *quem cum amavero, casta sum; cum accepero, « virgo sum.* »

Tales son los acentos nuevos que el amor ha hecho salir del corazon de que acaba de posesionarse; así han hablado en condiciones tan diferentes Pablo de Tarso, Ignacio de Antioquía é Ines de Roma. Por la boca de Pablo os han hablado todos los apóstoles; por la voz de Ignacio os han hablado todos los mártires; por la voz de Ines os han hablado todas las vírgenes; por la voz de estas tres santidades os ha hablado el corazon de todos los santos, y os ha dicho la última expresion de la santidad en los santos y la última palabra del gran progreso que ellos han producido en la humanidad, *el amor de Jesucristo.*

Sí, Señores, hay una palabra que todo lo resume en la santidad cristiana : el amor de Jesucristo. Ahí está la sublime, la única pasion de los santos; ahí está el secreto profundo de su santidad. El santo no